

#### *IV. Autogestión y utopía*



## AUTOGESTIÓN Y UTOPIA

Se trata de saber que sin *libertad* no haremos nada y que perderemos a la vez la *justicia futura* y la *belleza antigua*.

ALBERT CAMUS

Y llegamos ya al tramo culminante de nuestro itinerario, a la recta final, más allá del último recodo de esa extraña carrera contra reloj; y entramos muy lanzados a esta excitante y decisiva etapa. Vimos ya el circo electoral, las teorizaciones vida-cotidianistas y su razón de ser, y hasta nos arrimamos a la lucha armada. Ha llegado el momento de dar razón sobre cuáles son los móviles que impulsan a la gente hacia estos caminos, cuál es el imán que atrae con tal potencia su voluntad de acción, por qué la lucha de clases intenta infatigable y sin desánimo tan variadas e insistentes clases de lucha, aquí y ahora.

Hemos escrito ya que se trata de un viento de libertad que agita las conciencias, una sed de libertad que nos promete la belleza antigua y la justicia futura... Y vosotros me vais a replicar que me olvide de la autogestión, la democracia directa, la descentralización, el federalismo, el final de la historia y otras zarandajas. Por lo que me decís, la cosa es clara: eso de AUTOGESTIÓN es sólo una palabra, un

inalcanzable mito, un truco de repuesto del propio Capital, un señuelo para incautos. En fin, una UTOPIA...

¿Una «Utopía»? Es aquí donde están cambiando a marcha forzada no sólo las palabras sino, como solemos repetir, los hechos que hay detrás de las palabras. Cuando el auge del positivismo —una especie de «estructuralismo» del pasado siglo— se tachaba de utópico al individuo acaso romántico, soñador empedernido, cargado de intuición pero carente de base científica en sus planteamientos. La ciencia en cambio era lo indiscutible: todo lo racional es real y todo lo real es racional, se repetía machaconamente. Este ingenuo axioma venía a ser como la base y fundamento del enorme edificio de lo que por aquel tiempo se llamaba la «ciencia moderna». La utopía se veía arrinconada al desván de los recuerdos.

Pero luego vino la ley de la relatividad: la «ciencia moderna» sucumbía paradójicamente a manos de las leyes de la ciencia. Y el término utopía fue devuelto al lugar que nunca debería haber abandonado, como salta a la vista. Hoy podéis hablar de utopía (como «el máximo de lo posible») con todo el mundo: con trabajadores intelectuales y manuales, con espontaneístas a lo Mayo francés y con disciplinados militantes de partido, con políticos de toda tendencia y de todo género de práctica, con ácratas y con marxistas, con científicos y con poetas... Se ha vuelto casi tabú —salvo las inevitables excepciones— el hablar mal de la UTOPIA, y desautorizar este Nuevo Mundo equivale hoy en día a desautorizarse.

Nos tememos, sin embargo, que si nos quedamos al nivel de las palabras, acabaremos por hacer el juego a quienes presentaron antaño la utopía como

un sueño: en cierto modo, estamos repitiendo sus palabras, aunque pretendamos que soñamos despiertos. Hay que llegar más lejos, plantearse cuál es el contenido real y concreto, aquí y ahora, de una utopía en 1977. Y volvemos con ello a nuestro contrapunto: la utopía es el móvil de la autogestión, la autogestión es el contenido de la utopía. La autogestión 1977 es algo muy concreto que da cuerpo real a la utopía 1977 Veamos ante todo qué no es.

La AUTOGESTIÓN —como más adelante insistiremos— no significa «cogestión sindical»; tampoco significa «modelo yugoslavo», «control obrero» sobre la producción, etc. Porque la AUTOGESTIÓN no es una técnica económica —aunque le sepa mal a la CFDT y al señor Mitterrand—, ni un método de gestión. Un modelo de gestión significa no poner en crisis el contenido del sistema sino modificar únicamente algunos aspectos secundarios de las relaciones formales de producción y distribución, significa cargar con los problemas y desbarajustes del sistema del Capital y repartirlos para que todos participen en ellos. Tocar las formas sin tocar los contenidos, aprender a ser un buen gestor del aparato productivo del sistema capitalista, a cambio de poner en marcha procesos asambleístas y otras migajas: como en el deporte, lo importante no sería el ganar sino el participar,..

Esta AUTOGESTIÓN no asusta, por supuesto; en muchos países la llevan adelante, dándole de pasada un marcado carácter elitista: se habla de la autogestión de un barrio sin referirse a su vida cotidiana sino tan sólo a que el planeamiento urbanístico se haga en cada barrio por los técnicos (arquitectos, ingenieros, urbanistas, etc.) que en él vivan; incluso se nos dan

ejemplos «made in USA» («En algunos municipios de Estados Unidos se han puesto a votación leyes para que la policía sea elegida y contratada por los ciudadanos de cada barrio...»). Nosotros hablamos de una autogestión económica-social-política-cultural-etc. al mismo tiempo: no la autogestión del urbanismo o de la policía o de los grandes almacenes sino acabar de raíz con la sociedad del espectáculo, de la mercancía, de los poderes separados, de la alienación generalizada. Se impone la utopía. No mañana sino ahora mismo...

Rodeada de mar por todas partes menos por una que está unida a la fantasía, la isla de Utopía significa —en buen griego clásico original— «En ningún lugar, en ninguna parte». El significado es ambivalente. Unos confunden el utopismo con la nostalgia de un viaje a Itaca en un pasado feliz e irreplicable: «Ya en ninguna parte más...» En cambio, otros fían todas sus esperanzas en un futuro abierto y sin trabas que presienten está al llegar: «En ningún lugar, por ahora...» Impasible el ademán y moviéndose hacia direcciones contrapuestas, unos y otros, como salta a la vista, escamotean el significado profundo del término «Utopía», precisamente en el momento en que éste vuelve a primera plana de la actualidad, una vez superados —parece— pasados tonos peyorativos.

Ciertamente, ha sonado la hora de reivindicar para las jóvenes generaciones el término de «Utopía». Bastante hemos tenido que soportar esa decadente, seria y triste civilización que gira entorno nuestro, ese mundo envejecido que utiliza el término «Utopía» sólo en un sentido distante y peyorativo, desprovisto de su carga poética. Hemos visto ya demasiado cómo se dividían las cosas de este mundo en «utópicas» y

«científicas»: así, las gentes de talante tradicional y desprovistos de imaginación contraponían —¡qué cosas!— las etiquetas de «socialismo utópico» y «socialismo científico». Sencillamente aberrante...

Así consagraban —frente a lo poético, lo dada, lo surrealista, lo imaginativo— la Ciencia, la Filosofía, la Metafísica, la Política, la Militancia, la Ideología, lo Cuadrado. En terminología beat, lo Square quedaba contrapuesto a lo Hipster, a lo Utópico. En definitiva, el reinado de lo aburrido, de lo serio, de lo puritano, de lo moralizante. Cualquier coartada con la que disfrazamos lo falsamente «imposible», cualquier trampa que presente al mundo dividido en «lo Bueno y lo Malo», cualquier coraza con la que recubrimos nuestro Miedo a la vida. Cualquier mensaje, cualquier destino, cualquier desatino...

Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe. El día menos pensado nos vamos a hartar de tanta versión tendenciosa y volveremos a reivindicar el término de «Utopía» para nuestro uso particular, decididamente al servicio del deseo y de la creatividad. Hablaremos del arte de la utopía, del estilo de la utopía, del juego de la utopía, de esa nueva poesía para la construcción de un nuevo mundo. Pero ha de quedar bien claro: «Utopía» no es sinónimo de «imposible», de «locura», de «inviabile». «Utopía» —según las más recientes definiciones que nos llegan de allá el «Boul Mich», cerca del Sena— se nos describe como «el máximo de lo posible»... Tal lo definen en esas tierras del norte, allí donde —dicen— la gente es limpia, noble, culta, rica, libre, desvelada y feliz...

Era lo lógico. Frente a la débil miseria de lo real, el imbatible empuje de lo posible, frente a las



limitaciones de la ciencia, el alto vuelo poético de Utopía. Así, liberados por fin de esa estrechez de miras que nos atenazaba, podremos decir tranquilamente con el amigo André Bretón: «Creo en la pura alegría surrealista del hombre que, consciente del fracaso de todos los demás, no se da por vencido, parte de donde quiere y, a lo largo de cualquier camino que no sea razonable, llega a donde puede», mientras olas de utopía se rompen con estrépito contra el alto acantilado de la vida corriente y cotidiana.

Más allá del bien y del mal, más allá del miedo y sus coartadas, rozando osadamente el máximo de lo posible, por vías que no vacilan ante lo no-razonable, subversivamente surrealista, surrealístamente subversivo, liberadamente libre, se extiende el territorio virgen de Utopía: esa tierra de nadie, esa tierra de todos, ese futuro abierto, igual que el sueño de una tierra prometida... No hay duda que se trata de una especie de Alquimia: todo cuanto entra en contacto con la Piedra Filosofal de la Utopía se transfigura en un dorado metal de treinta y tres revoluciones por minuto, por así decirlo.

En fin, un consejo de despedida. No perdáis en absoluto la serenidad y la calma. Pero, por lo menos, rompedle la cara al «científico» obtuso que se empeñe en trataros de pobres utopistas: quizá con ello se decida por fin a revisar sus criterios, a modificar sus cursis etiquetas, a comprender que «no hay pensamiento sin utopía». Por supuesto, no se trata de incitaros a ninguna violencia, sino de poner en práctica el arte de la mera autodefensa. Al máximo de lo posible.

AUTOGESTIONO MAS QUE AYER  
PERO MENOS QUE MAÑANA

«La autogestión ha de ser al mismo tiempo el *medio* y el *fin* de la lucha actual. No es solamente el motivo de la lucha, sino su forma más adecuada.»

Internationale Situationniste

Difícilmente podemos debatir sobre si el fin justifica o no los medios, cuando de AUTOGESTIÓN se trata. Entrados en ese terreno nos encontramos en una situación desacostumbrada: los fines son los medios, a un mismo tiempo son fines y son medios. No podremos dejar de reconocer que AUTOGESTIÓN es una palabra horrible, con sabor a tecnócrata, para uso y abuso de ingenieros, sociólogos, economistas, empresarios progres, humanistas, políticos profesionales, especialistas de la cultura, etc. Pero aunque nos inquiete la imprecisión y posible tergiversación del contenido de la palabra, nos interesa en cambio decididamente esclarecer e impulsar los hechos reales y concretos, las indiscutibles realizaciones que, más allá de toda ambigüedad, encierra esa palabra.

Las relaciones humanas en que vivimos inmersos andan algo desquiciadas. La degradación en el lenguaje es tan sólo un mero síntoma de ello: sí, las palabras se vuelven confusas y confusionistas cuanto más usadas y desgastadas. Nos dicen y repiten «Democracia» (con mayúsculas), aunque en realidad piensen «Estado fuerte», «dedocracia» y «trampas saduceas»; proclaman «Socialismo», pero piensan «Economía de Estado», «modelo de planificación económica centralizada», «Gobierno para el pueblo pero sin el pueblo»; sugieren «Autogestión», y piensan en «participación» neocapitalista y en «cogestión» sindical; gritan «Revolución» y... ni siquiera piensan. Tras tan sucinto repaso a la falsificación de los slogans, y en nombre de quienes aún conservan «la funesta manía de pensar», veamos a lo vivo los hechos que se esconden detrás de las palabras. «Autogestión», por ejemplo...

Así, la maltrecha palabra AUTOGESTIÓN llega a nosotros cargada de sentido, y por su contenido puede decirse en cierto modo que es explosiva, llena de atrevimiento, un lema con impacto. AUTOGESTIÓN significa: lo realmente determinante en unas relaciones humanas (de producción, distribución y consumo, o cualquier otro aspecto de la gestión colectiva) es el «quien» decide, quien tiene el poder de decisión, quien tiene poder. AUTOGESTIÓN significa: unas relaciones son realmente humanas cuando logran eliminar la habitual separación entre decisión y ejecución, entre unos dirigentes y unos ejecutantes. AUTOGESTIÓN significa: hacer innecesario, individual y colectivamente, el más sutil de los «poderes separados», el dominio de los «especialistas» (urbanistas, artistas, vendedores

de «gadgets» culturales, otros especialistas en colonización de la vida cotidiana...).

«Autogestión» —del inglés, self-government— es la palabra ininteligible adoptada a la jerga tecnocrática para hacer referencia a lo que todo el mundo suele conocer bajo el familiar nombre de DEMOCRACIA DIRECTA. Como es sabido, ésta se distingue de otras figuras llamadas «democracias» —democracia orgánica, democracia parlamentaria-liberal, democracia a la española...— simplemente por los dos principios que rigen su funcionamiento: 1) La revocabilidad en todo instante de la inevitable figura del «delegado electo», 2) La constante autodeterminación de la base tras el correspondiente conocimiento de causa. Con sólo eso, tanto en el Este como en el Oeste, pierde todo su sentido la jerarquización social, el clásico esquema dualista de unos que mandan y otros que obedecen, la tradicional pirámide de ancha base y reducida cúspide, el funcionamiento soberano desde arriba abajo.

Nada más y nada menos... Si se establece un control permanente y eficaz de la base sobre la cumbre, si se suprime así la inevitable extranjería de ésta sobre aquélla (la cumbre como elemento separado de la base, ajeno a la base, enajenador de la base), si se borran las barreras entre individuo y ciudadano, entre su tiempo libre y su tiempo de trabajo, entre su vida pública y su vida privada (o «privación de vida»), etcétera, es porque la AUTOGESTIÓN se rige por un principio de muy sencillo enunciado: LA AUTÉNTICA SOBERANÍA FUNCIONA DE ABAJO ARRIBA. Si añadimos que la AUTOGESTIÓN para ser efectiva debe ser total (económica, política, social, cultural etc.), será fácil comprender que, más que una

fórmula organizativa, la AUTOGESTIÓN es una actitud, un talante, un estilo de vida. Al clásico lema «El hombre es un lobo para el hombre» viene a sustituirle el más atractivo de «Cada hombre, un soberano»...

¿Puede sentirse alguien incomodado por ello? No seremos tan ingenuos como para negarlo: ¿a quién no le molesta que le retiren el cheque en blanco de que disfrutaba mediante la institucionalización de la delegación de poderes? El lector comprenderá pues que —tanto en el Este como en el Oeste— el poder esté sumamente interesado en presentar la AUTOGESTIÓN como una experiencia presente, llena de deficiencias e insuficiencias, simplemente «curiosa» y digna de conocer; o bien como un nebuloso y vago proyecto futuro, situado más allá de lo posible, y en consecuencia «utópico» (?), difícilmente realizable. Y se rechaza la tradicional respuesta (Bakunin): «Es buscando lo imposible cómo el hombre ha realizado siempre lo posible, y quienes se han limitado "sabiamente" a lo que les parecía lo posible, no avanzaron jamás un solo paso.» O se le sustituye: «AUTOGESTIÓN —nos dicen— significa modelo yugoslavo».

Pero el reproche de fondo hecho a la AUTOGESTIÓN —entendida, como dijimos, como actitud y estilo de vida— es su rara «virtud» de hallarse situada más allá del juego de la «guerra fría»; se dirige indistintamente al bloque del Este y al occidental, tiene «excesiva» universalidad. Lógicamente, Occidente califica a la AUTOGESTIÓN de «socialista» y el Este argumenta en contra de ella, destacando evidentes diferencias: la prueba de que la AUTOGESTIÓN es una «perversión capitalista» está en que la URSS

prescinde de ella, y decir lo contrario es ¡negar el carácter «socialista» de la URSS...! Se trata en vano de encerrar una realidad innovadora en el viejo lenguaje de los años 40: «guerra fría», «patria del Socialismo»... Ambos bloques esgrimen al mismo tiempo, con inevitable y ridículo infantilismo, la caduca máxima evangélica. «Quien no está conmigo, está contra mí...».

Evidentemente, las alas más avanzadas de uno y otro bloque —aunque sin convicción ni entusiasmo— han cogido el tren de la AUTOGESTIÓN ya en marcha, para mejor preservar sus estructuras jerárquicas, su indiscutible división entre dirigentes y ejecutantes. A corto plazo salen adelante porque la palabra AUTOGESTIÓN refleja la aspiración espontánea y real de la base de que están pendientes. Pero a la larga, sólo se engañan ellos: proporcionan a su base unas armas contra ellos. Ni por oportunismo deberían enseñar a la base que las decisiones le corresponden a ella, que debe deshacerse de cuanto elemento no-revocable se le ponga por delante, que tiene capacidad para hacerlo ella sola, etc., si quieren seguir ocupando el pedestal. Porque la base no es estúpida y cuando tome consciencia de sus posibilidades o hará contra esos jerarcas (patronales u obreristas) que tratan en vano de manipularla.

Y si la dinámica de la AUTOGESTIÓN puede comportar más de una «sorpresa» es por la sencilla complejidad de tal proceso, al mismo tiempo meta y camino hacia esa meta. Hay que tenerlo muy presente: la AUTOGESTIÓN no es sólo un horizonte o proyecto de renovación, es la condición y garantía de toda renovación, es —diremos incluso— el contenido mismo de esa renovación que se avecina.

*LA ANARQUÍA*  
*FINAL DEL LABERINTO...*

Si considera esto utópico, les ruego reflexionen  
por qué esto es utópico...

BERTOLT BRECHT

I

Desde las altas instancias del país se nos recordaba no hace mucho la configuración que está tomando últimamente el machadiano problema —casi eterno, al decir de algunos— de las «dos Españas»: «La izquierda» —decía Don Adolfo Suárez en entrevista al semanario francés *Le Point*— se obstina en combatir un pasado que ya no existe y la derecha se obstina en llorar por un pasado que no volverá...» O, lo que viene a ser lo mismo aunque algo matizado, la derecha se obstina en combatir un pasado que ya no existe mientras la izquierda se obstina en llorar por un pasado que, afortunadamente, ya no volverá...

Así, la vieja militancia cenetista de estas tierras —más propensa ahora a las añoranzas que al rudo

combate— tiene siempre en los labios aquel Congreso de Zaragoza de mayo de 1936, por ejemplo, y estará siempre dispuesta a suscribir las palabras de Rene Riesel en el último número de la Internationale Situationniste (n.º 12, septiembre 1969) calificando las resoluciones de dicho congreso como «uno de los más bellos programas jamás adelantado por una organización revolucionaria...»

Nosotros, en cambio, preferimos evitar enfermizas nostalgias de pasados hoy inexistentes, recuerdos enfervorizados hacia aquella C.N.T. de principios de siglo, sucesivamente diezmada al correr de los años, tanto por los Primo de Rivera de turno, como posteriormente —¿para qué negarlo?— por la propia segunda república española. Es este enfoque el que el lector espera de nosotros, harto de viejas «historias de familia».

Preferimos suscribir con Carlos Marx aquellas inteligentes palabras de 1852, escritas al principio de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte: «La revolución social de nuestros días —afirma con convicción— no puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. No puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir...»

En otras palabras, lo realmente libertario no es ni podrá nunca ser la elaboración y exposición de una dogmática, de una pretendida «ortodoxia», el introducir en la feria del gadget ideológico esa mercancía hoy de moda, esa venta de «ismos» —por ejemplo, «ANARQUISMO»— que hoy vemos ofrecerse al consumo de la inmensa mayoría desde los escaparates mismos del Poder, el pasear viejas etiquetas ya caducas



con el mero pretexto de su promoción comercializada.

Y sin embargo, más allá de ortodoxias ideológicas, más allá de una doctrina política a añadir a las que pueblan el variado bosque de las izquierdas—tercermundismo, castrismo, maoísmo, trotskismo, leninismo, marxismo, socialismos diversos...—, el Anarquismo resurge de nuevo, vuelve a hablarse del mismo abiertamente, como si no hubiera sufrido un sinfín de fracasos continuado que más bien deberían incitar a la crítica de sus insuficiencias.

Parece ser que cada derrota material del Anarquismo se traduce en una victoria moral, sin que pueda establecerse relación alguna de causa a efecto: no puede afirmarse seriamente ni que las insuficiencias prácticas del Anarquismo provoquen esta aureola de prestigio moral, ni viceversa que sea la integridad moral la que aboque de continuo el Anarquismo hacia el fracaso.

Si se considera a la política como «el arte de lo posible», según la definición tradicional, habremos de convenir en que el Anarquismo no es una política simplemente; es algo que se sitúa más allá de la política; no es una filosofía, sino algo más allá de las filosofías. Diríamos, si no fuera por lo convencional de la expresión, que el Anarquismo viene a ser algo como intrínseco a la naturaleza humana...

No sólo no es una política más, de la que puedan marcarse las distancias respecto a las otras políticas, sino que niega el concepto posibilista de «política». «Es buscando lo imposible —escribía elocuentemente Mikhail Bakunin— cómo el hombre ha realizado siempre lo posible, y quienes se han limitado sabiamente a lo

que les parecía lo posible no avanzaron jamás un solo paso». La frase no precisa comentarios.

Si se concibe pues al Anarquismo como máxima pureza revolucionaria posible, habremos de concebirlo como una suerte de Forma Poética, de una POESÍA no sacada del pasado sino solamente del porvenir... O en otras palabras, concebirlo como una vivencia existencial tanto o más que como una política, una filosofía o una ética: el ANARQUISMO está en la vida, podríamos decir.

Y es entonces cuando surge la pregunta capital a la que vamos a tratar de responder en estas páginas: ¿es adecuado hablar de un resurgir del Anarquismo? Desde una perspectiva anclada en profundidad en nuestro presente, nos vemos obligados a rechazar la superficialidad de tal aserto, hecho evidentemente desde fuera, por advenedizos «fans» de poses libertarias y «contraculturales» (así se autocalifican los bonzos de la «nueva ola»).

¿No sería acaso más exacto afirmar que ese Anarquismo recién descubierto por tantos 'no dejó nunca de estar presente entre nosotros? En todo caso, hablar del ANARQUISMO no es abrir debate político sino profundizar en el sentido que tienen los conceptos —más mínimamente ligados de lo que parece— del individuo, de Devenir Histórico y de Revolución. Precisamente ahora...

## II

Cambiar la vida, transformar el mundo.

ARTHUR RIMBAUD  
ANDRÉ BRETÓN

Era lógica esta reafirmación del Anarquismo en un mundo cada vez más deshumanizado. En el prólogo a su Durruti, Julio C. Acérete lo describía con inteligente precisión: «Si hoy se siente la tentación de pensar que la anarquía es el estado perfecto del hombre es porque vivimos en una época de deshumanización en que la tecnocracia ha hecho posible la aberración de que una IBM sea más "humana" que el apéndice humano que la maneja».

El Anarquismo sería pues la afirmación del individuo en el seno de un mundo que niega al individuo, una reafirmación individual y colectiva frente a un mundo opresivo y tecnocrático, una última palabra antes de que se desencadene la crisis de civilización. Esto es algo más grave que los pasados inexistentes (a «Lo que el viento se llevó») antes aludidos. La Vida —hecha de Poesía, Arte, Amor y Revolución, al decir de los surrealistas— emprende su tentativa de realizarse, apostándolo todo a una sola carta.

De todos lados nos llegan los ecos de esa crisis. «No es el hombre, es el mundo quien se ha vuelto anormal» clamaba Antonin Artaud. Ya Nietzsche había ahondado en este tema: «Somos más libres que fuimos jamás —escribió lúcidamente el gran pensador

germano— *de dirigir la mirada en todas direcciones; no percibimos límite por ninguna parte. Tenemos la ventaja de sentir a nuestro alrededor un espacio inmenso, pero también un vacío inmenso...*»

La moderna tecnocracia, un mundo anormal, un vacío inmenso... Y sin embargo nos afirmamos como más libres que fuimos jamás, sin límite por ninguna parte... Y el Anarquismo —ese Anarquismo que en realidad nunca dejó de estar presente entre nosotros, desde mucho antes de *Proudhon o Stirner*— renace con nuevo ímpetu. O por lo menos, la necesidad de que el Anarquismo sea posible.

Se trata de una necesidad generalizada. La afirmación del Individuo (con toda su espontaneidad y autonomía, con toda su fuerza creativa —o por lo menos, de *destrucción creadora*—, con toda su ansia de libertad, una libertad que no se mendiga sino que se toma, esa libertad ajena que prolonga la mía hasta el infinito) estalla contundentemente en esa sociedad robotizada y cibernética, donde es menos inhumana la máquina que el hombre que la maneja. Ya lo advertíamos: *no consideren todo esto utópico...*

Así pues, antes de hablar de Anarquismo —real o posible—, de su aplicación práctica o de su mera necesidad, hay que dejar a la puerta esa óptica falaz que contrapone «*lo utópico*» y «*lo científico*» según criterios de precisión teórica o de eficacia práctica. El Anarquismo, la necesidad del Anarquismo, la razón de ser del Anarquismo, no es la de una doctrina política: más bien se trata de una cuestión de *autodefensa* frente a un mundo hostil.

Afirmar el individuo en un mundo que le reduce a la nada. Y, gracias a ello, conocer a este mundo y a

nosotros mismos. Recurrir al testimonio de cuantos han hecho sentir esta necesaria afirmación del hombre. No limitarse a textos de doctrinarios anarquistas del pasado ni a experiencias libertarias alejadas de nuestro momento histórico concreto; mezclar *Marx* y *Nietzsche*, *Brecht* y *Eakunin*, *Lenin* y *Rimbaud*, *Durruti* y *De Sade*...

Que no nos tomen por caprichosos lectores, ni nos vengán a exigir un tono más estricto: si se comprende lo vasto de la temática aquí abordada —la envergadura del Anarquismo, de dónde viene y a dónde va—, si se comprende la miseria de este mundo moderno y de este momento histórico que sustituye la Vida por la supervivencia cotidiana, la realización del Deseo por el deseo de Realización, es de cajón que *nada humano puede serle ajeno*.

Hubiéramos podido limitarnos a una exposición pedante y erudita sobre aquel *Thomas Münzer* de lejanos siglos, sobre los llamados «utópicos» —*Robert Owen*, *Charles Fourier*—, sobre los grandes nombres de la Acracia —*Max Stirner*, *Proudhon*, *Bakunin*—, sobre sus seguidores —*Kropotkin*, *Rudolf Rocker*, *Malatesta* y tantos otros—, sobre el martirologio de la causa (*Sacco* y *Vanzetti*, *Emiliano Zapata*, *Néstor Makhno*, *Buenaventura Durruti*, los «mártires de Chicago» que se conmemora los Primeros de Mayo, la «propaganda por la acción» y sus *Ravachol*, tantos anónimos héroes olvidados...).

Nos habríamos tenido forzosamente que enzarzar en clarificar las evidentes diferencias entre ellos, y los puntos de semejanza y proximidad con otras tendencias revolucionarias. Y habríamos dejado de lado lo esencial: el Anarquismo —cualquier Anarquismo,

el de sus teóricos de toda tendencia y el de sus hombres de acción notables o desconocidos— es ante todo, es preciso insistir en ello, una afirmación del individuo y de su historia, una postura romántica, con toda la carga subversiva y revolucionaria que vista de cerca tiene esta palabra, individual y colectivamente.

A diferencia de las actitudes llamadas «humanistas» —y que en realidad sólo sirven para infundir conformismo y resignación, para integrarnos al Sistema bajo pretexto de consolación, de busca del mal menor—, el *romanticismo revolucionario* es un estilo de vida combativo, radical, insatisfecho siempre, jamás recuperable. Es una actitud *prometeica*, que parte al asalto de los cielos y desafía a los dioses, en la difícil busca del secreto del Fuego...

Esta es la razón del inmenso atractivo que tiene el Anarquismo, hoy lo mismo que ayer. Sus hombres tienen un *estilo de vida* y emprenden con tesón la magna aventura de la realización del hombre. Y esto precisamente en un mundo cosificado, en un universo concentracionario, en una sociedad carente de estilo. Nadie debe extrañarse al comprobar que, independientemente de sus sucesivas derrotas y sus triunfos efímeros, el ANARQUISMO —si es que puede decirse con estas palabras— haya ya vencido de antemano.

Desde esta óptica de romanticismo osado, no existe ninguna diferencia entre «CAMBIAR LA VIDA» y «TRANSFORMAR EL MUNDO». Lo mismo que en el «*programa mínimo*» que trazaba *Rimbaud*... Dejamos al lector en libertad para que interprete y racionalice las causas y efectos de esta actitud apasionada: ¿Es el cambio individual lo que condiciona y provoca la transformación colectiva? ¿O es que toda

transformación colectiva es ficticia e incompleta si no va acompañada de un radical cambio del individuo...? La respuesta no la ofrecen *ni Marx, ni Rimbaud, ni Durruti*. Yace en el fondo de nosotros mismos, medio inconsciente, de cada uno de nosotros mismos. En el corazón de un mundo sin corazón, no sólo el *Anarquismo está en la Vida* sino que la Vida está en transformar el mundo: una cosa al alcance de la mano...

### III

*Aniquilad pues para siempre todo cuanto pueda un día destruir vuestra obra...*

*D.A.F. DE SADE*

Una vez redefinido el concepto de Individuo y, por extensión, el de su Historia, entramos de lleno en el tercer punto que viene a clarificar toda reflexión sobre Anarquismo: el de Revolución. El Anarquismo está en la Vida, la Vida individual está en transformar el mundo colectivamente, *transformar el mundo en vez de limitarse a interpretarlo* leemos en las «Tesis sobre Feuerbach» de Carlos Marx (Anexo a La ideología Alemana, 1846).

Llegados a este punto, hemos de precisar el carácter insustituible e indispensable del aporte del Anarquismo al movimiento revolucionario. Resulta un poco incómodo después de tantas acusaciones de utopismo

por parte de la «Vulgata» marxista. Diremos, con los jóvenes airados del Mayo francés de 1968: «*Todo reformismo se caracteriza por el utopismo de su estrategia y el oportunismo de su táctica*». O más cruentamente: «*Sed realistas, pedid lo imposible*». Es decir, los utopistas son «los otros»...

Hasta ahora nos hemos referido básicamente a aspectos secundarios del Anarquismo como afirmación del individuo frente al mundo; aspectos que resurgen a menudo, como el espontaneísmo, el sentido de la autonomía de las luchas, la acción directa, la combatividad, el radicalismo, el talante prometeico, ese más allá del mero Humanismo que se llama *Romanticismo revolucionario*. Aspectos todos ellos innegables aunque por supuesto discutibles.

El aporte del Anarquismo al concepto de Revolución, hoy como ayer, es el de unos criterios fijos y estrictos sobre su autenticidad. No se trata de discutir de la viabilidad política de tal o cual aspecto estratégico o táctico de determinadas tendencias anarquistas contrapuestas: los partidarios de la espontaneidad frente a los partidarios de la organización, por ejemplo... Se trata del aporte global del Anarquismo en orden a precisar los rasgos esenciales de una Revolución auténtica, que merezca la pena.

Podríamos resumir la extensa aportación del Anarquismo en un escueto axioma: «*NO PUEDE LUCHARSE CONTRA LA ALIENACIÓN BAJO FORMAS ALIENADAS*». Es decir, si seguimos considerando la revolución como algo posible hoy, como algo ineluctable, como la tarea del momento, hemos de evitar el aplicar medios contrarrevolucionarios para su consecución. No se trata de una mera valoración



purista o ética: es la voz del sentido común la que nos habla.

Vamos a desarrollar este axioma para hacerlo más familiar y reconocible a los lectores ya iniciados, mediante algunos ejemplos: una organización o grupo de revolucionarios no puede reproducir en su seno la división social del trabajo, la separación entre dirigentes y ejecutantes, la estratificación en jerarquías y masa obediente, una estructura autoritaria para lograr la consecución de un programa mínimamente libertario, sino regirse por la *revocabilidad permanente* de todos los cargos.

Este «No luchar contra la alienación bajo formas alienadas» no se refiere únicamente a los medios, sino también al objetivo perseguido: los revolucionarios no pueden admitir la supervivencia del Estado en la sociedad futura, ni siquiera para la fase de transición que vaya a suceder a la actual. Y no se trata aquí de enzarzarse en los tradicionales debates sobre si ello es factible, de preguntarse con qué van a sustituirlo los anarquistas, de criticarles diciendo —como *Engels*— que pretenden ese cambio de un día para otro.

Se trata ante todo de una cuestión de autenticidad revolucionaria: «*Todas las revoluciones políticas no hicieron más que perfeccionar esta máquina en vez de romperla...*» Leemos en *El Estado y la revolución* de V. I. Lenin, libro plagado por otra parte de ataques feroces al anarquismo. O bien: «*La clase obrera no puede contentarse con tomar la máquina del Estado bien a punto y hacerla funcionar por su propia cuenta...*»

Lenin cita incansablemente a Marx y Engels, porque afirmarse partidario de la extinción del Estado es

una prueba de autenticidad revolucionaria. Dice que al gobierno de las personas va a sustituirle la administración de las cosas, que la sociedad se reorganizará sobre la base de la asociación libre e igualitaria, que se relegará la máquina estatal al sitio que le corresponde, al museo de antigüedades junto al torno de hilar y el hacha de bronce... Este *Lenin* de antes de octubre de 1917 se arriesga a ser tratado de anarquista con tal de presumir de autenticidad revolucionaria.

El hecho de que luego perfeccionara la máquina de Estado en vez de romperla, de que se contentara con hacerla funcionar por «su» propia cuenta, no invalida sino que confirma el radicalismo de las posiciones anarquistas: una revolución política combate la alienación sólo bajo formas alienadas... Y además, no hace falta citar a *Marx y Engels* cuando, mucho antes de la Comuna de París de 1871, P. J. Proudhon había escrito sobre el Estado: «*Ser gobernado significa ser observado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, regulado, inscrito, adoctrinado, sermoneado, controlado, medido, sopesado, censurado e instruido por hombres que no tienen el derecho, los conocimientos ni la virtud necesarios para ello...*»

El Anarquismo tiene bien visible en el programa de su actuación futura esa abolición o extinción del Estado —de la explotación, del Capital, del Poder, que se halla detrás de todo Estado, aunque se llame «Democracia». «Estado popular». «Estado proletario», etc.—, pero debe luchar ya desde ahora con medios adecuados a su objetivo, con medios no alienados...

Hay que reconocer que mucha genté que presume de anarquista no vacila en adoptar estructuras

jerárquicas, de división entre dirigentes y ejecutantes. Evitan, por supuesto, la palabra «partido», de contenido descaradamente dirigista. Pero no evitan la realidad que esta expresión designa: se consideran «élites», «vanguardia», «grupos específicos» o cualquier otro nombre, para mejor encubrir su actitud de grupo separado de la base, especialista de la revolución, situado por encima de la base...

En las organizaciones anarquistas —o anarcosindicalistas— existen jefaturas casi vitalicias, leyes orgánicas y normativas vinculantes, acaso más inamovibles por mejor disimuladas. Negarlo sería estúpido. Pero en el programa libertario que inspira su presente y su futuro las cosas son rotundas: un NO a la organización «Partido» (con o sin este nombre), un NO a la maquinaria del Estado (del Este o del Oeste), un NO al control y explotación que el Capital impone (sea o no sea privado)...

Por eso el Anarquismo resurge, por eso sigue entre nosotros pese a toda clase de vicisitudes, por eso penetra de antemano las filas de la joven militancia, y de tantos y tantos que no se consideran anarquistas... Porque, mírese desde donde se quiera, los nuevos intentos revolucionarios no quieren seguir luchando contra la alienación utilizando formas alienadas, no están dispuestos a probar ya más esos falsos atajos que no llevan a parte alguna. Por largo y duro que el camino se presente...

Simplificando nuestro recorrido: 1) El Anarquismo está en la Vida; 2) La Vida está en la Revolución, en transformar el mundo, 3) La Revolución está en el Anarquismo, en luchar contra la alienación bajo formas no alienadas. Precisemos que ello rige tanto para

el individuo como para la colectividad, tanto en la lucha pública como en la vida cotidiana, y veremos que ese «REVOLUCIONAR LA REVOLUCIÓN» que caracteriza en bloque al Anarquismo nos permite vislumbrar aquí y ahora la salida, el final de nuestro laberinto.

